



NUM. 55. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 30 DE AGOSTO DE 1865.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO VII.

REVISTA DE LA SEMANA.



or ahora no sabemos todavía si el archiduque Maximiliano irá ó no á Méjico. Habíase anunciado que aceptaba la corona y que pensaba marchar allá en diciembre; pero despues los diarios alemanes han desmentido esta noticia dada por los franceses, y á estas fechas no sabemos quién tendrá razón. Para el caso de que no acepte, suponen algunos que Napoleón convocará en París un Congreso de representantes de los gobiernos mas interesados en las cuestiones mejicanas para consultarles acerca del monarca que se ha

de administrar á aquellos fieles amigos de la familia imperial que están esperando la medicina con el mayor fervor del mundo. Es posible que al fin S. M. Imperial francesa, viendo que nadie quiere ese trono, se resigne á darle á un individuo de su familia, á Murat por ejemplo, ó á cualquier otro pariente, si ya no le guarda para sí en compensacion de los gastos hechos para dar la felicidad á aquel gran pueblo.

Un periódico francés ha dicho que los habitantes de la Habana habian dirigido un mensaje, no sabemos á quién, pidiendo que los gobiernos de España y Francia se entiendan para establecer en Méjico un orden de cosas sólido, por estar Méjico unido con grandes relaciones á los Cubanos. Sabido es lo que entienden los franceses por *habitantes de un pais*. Con que haya habido dos de ellos á quienes se les haya ocurrido la idea del mensaje, bien sea dirigido al gobierno español, bien al francés, bien al papa, ya basta para que digan que los

habitantes de la Habana aprueban y aplauden la intervencion francesa y sus consecuencias en Méjico. Con esto el gobierno francés se habrá quedado muy hueco y horondo al saber, que tiene en su favor el aplauso de los habitantes de la Habana. Esto recuerda las impresiones de viaje de los escritores transpirenáticos. Un gran personaje de la actual córte de Francia, que ha sido ministro de Napoleon, estuvo hace algunos años en nuestro pais, con otro personaje, á quien entonces servia de secretario particular. La permanencia de ambos no pasó de ocho dias, y lo que mas admiraron fueron los mayores de diligencia, y especialmente los burros. El secretario publicó luego sus impresiones y dijo que los españoles generalmente cabalgaban en burros. Otro gran escritor francés, pasando por una ciudad, donde una cuerda de presidiarios se ocupaba en componer un camino, observó que muchos de ellos no llevaban cadena ni grillete, y apuntó lo siguiente en su libro de memorias: En España los presidiarios andan libres bajo su palabra de honor. Un grande economista de la misma nacion vino tambien á Castilla por ocho dias; y habiendo tenido la humorada de detenerse en dos malas ventas, le dieron de comer sopas de ajo. En España, decia luego en sus artículos insertos en el *Journal des Debats*, no se comen mas que sopas de ajo á todo pasto. Ahora bien, estamos seguros que en las actuales circunstancias habrá habido media docena de habaneros que habrán hecho esa esposicion: y no se ha necesitado mas para que por parte telegráfico se nos comunique la noticia de que los habitantes de aquella capital piden lo mismo que las tropas francesas. Asi, pues, mientras no tengamos noticias directas de la Habana ó de Méjico, deben ponerse en cuarentena las que vengan por conducto francés. Los franceses saben muy bien borrar con un 90 por 100 de hechos fantásticos, el 10 por 100 de verdad que se encuentra siempre en sus relatos. Lo que parece cierto es que al arzobispo de Méjico señor Labastida, uno de los triunviros encargados del poder ejecutivo hasta que llegue el emperador, le van á hacer cardenal. Entretanto Juarez sigue en San Luis del Potosí reuniendo fuerzas, y el ministro de Washington en París protesta en nombre de su gobierno contra lo que se ha hecho en Méjico por los franceses y por los *notables*, sus servidores afectísimos humildes y obsequiosos.

En los Estados ex-Unidos se espera una nueva y gran batalla entre federales y confederados. Estos dicen que van á armar á los negros: aquellos han acudi-

do á la medida impopular de las quintas, la cual ha producido ya sangrientos motines en Nueva-York y otros puntos. La batalla que se espera no creemos que sea decisiva, ni vemos término aun á una guerra tan sangrienta y desastrosa como estúpida.

En cuanto á las repúblicas hispano-americanas, á escepcion de Chile, todas están, cuál mas cuál menos, agitadas de convulsiones interiores que no les dejan progresar ni aumentar su poblacion, como pudieran con las inmigraciones de Europa. Solo el Brasil es el que va adelantando, lo cual atribuyen algunos políticos miopes á que es imperio.

En nuestra España sigue promoviéndose con buen éxito la suscripcion en favor de las víctimas del terremoto de Manila. El Banco de España recibe las suscripciones; y la clase de empleados públicos, que es una de las mas numerosas gracias á Dios, ha decidido por el órgano de los subsecretarios de los diferentes ramos contribuir con el 1 por 100 de los respectivos haberes anuales. Es decir, que el que tenga 1,000 reales de sueldo al año, contribuirá por una vez con 10, el que tenga 2,000 con 20, y asi los demás. Para fomentar la suscripcion se ha nombrado una junta compuesta del rey, dos arzobispos y otros personajes mas ó menos seglares.

Acerca de los terremotos de Manila, se ha dado á luz una reseña escrita por el señor García del Canto, que contiene curiosos datos. De ellos resulta evidentemente que estando todavía en actividad los volcanes á que deben nacimiento las islas de aquel archipiélago, es un error levantar en ellas edificios de mas de un piso y de material muy sólido. Creemos que las autoridades de Manila, al proceder á la reconstruccion, tendrán en cuenta estos y otros semejantes datos.

Segun las noticias de periódicos competentes y bien informados de lo que pasa y se piensa en la Granja, la córte se dispone á volver á Madrid á principios del mes entrante. Allí va dejándose sentir el frio; y como aquí la política mantiene un poco el calor, y en la semana última se ha avivado algun tanto, el ministerio se alegrará de verse en Madrid todo reunido y de asiento. Tambien van regresando de sus escursiones veraniegas los hombres públicos y las mujeres económicas; y el tiempo de ferias nos parece que se va á inaugurar de un modo espléndido. Sin embargo, despues hablaremos, porque sabido es que no á todos suele ir bien en la feria, y tal hay que piensa engañar y sale chasqueado.

Continúan los fuegos sin darnos tiempo á respirar, y el miércoles nosotros mismos, que nos creíamos asegurados, tuvimos que saltar de la cama al amanecer y bajar á la calle en un traje un poco ligero, despertados y avivados por los gritos de la muchedumbre agolpada á nuestra casa, el toque de las campanas, los golpes de los serenos y los campanillazos de los guardias urbanos, que iban dando la alarma á todos los cuartos. Quemábase una tienda de la casa que habitábamos, y los guardias y los serenos fueron los primeros que observaron el incendio. Afortunadamente lo observaron pronto, la parroquia estaba cerca, y las bombas también: de otro modo, es probable que hubiéramos dado á nuestros lectores el sentimiento de no poderles escribir; y lo decimos con sinceridad, eso habria sido para nosotros una gran desgracia.

Pese al incendio, á las explosiones, á los hundimientos, á los ladrones y á los perros rabiosos, vivimos todavía: *io vivo ancor*, como dijo no sabemos quién, pero indudablemente algun personaje italiano.

Volviendo ahora á la feria, diremos que los teatros se preparan á resucitar de su letargo forzoso, mientras los circos redoblan su actividad y sus ejercicios gimnásticos antes de esconderse entre la bruma y la sombra. El teatro del Príncipe prepara para mediados de setiembre *Los Polvos de la Madre Celestina*. Este teatro da principio á la temporada del 10 al 12, segun dicen, con una de las mejores producciones del antiguo repertorio. El Circo presentará un drama del desconocido autor de *Lo positivo*, que segun se refiere no merece en nada de aquella preciosa comedia. Su título, segun tenemos entendido, es *Lances de honor*. En cuanto al nombre del autor, se sigue guardando el mas inviolable é incomprensible secreto.

La Zarzuela tiene en estudio para los primeros dias de la temporada algunas novedades que llamarán la atención.

Una aeronauta llamada Mad. Poitevin, se elevó el otro dia en un globo, y piensa elevarse hoy nuevamente. Ha prometido hacer una ascension en un caballo y otra en un toro. Deseámosla buen viaje por esos aires y que descienda con felicidad. Item, que cuando se apea del toro no tenga ningun percance, y que recuerde la fábula de Europa. Mucho cuidado con los toros.

Del 10 de noviembre al 15 de diciembre cantará en el Teatro Real la Patti, artista que viene precedida de una gran reputacion. A juzgar por el precio de 12,000 reales por cada representacion en que toma parte, su mérito debe ser superior. Los aficionados creen probable tambien el ajuste del tenor Mario, y se felicitan de que se haya hecho el del barítono Guicciardi, ya conocido del público.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

RELIGION DE LOS ANTIGUOS ESLAVOS.

El origen del pueblo eslavo está envuelto en esa oscuridad profunda que encubre el pasado de tantos pueblos, y en la que la ciencia humana no ha podido penetrar aun. Sabemos, sin embargo, que procedente del Asia, vino á habitar la Europa en una época muy remota y los primeros datos históricos que tenemos de él nos le muestran ocupando no solo los países en que se encuentra hoy, sino una parte de la Alemania del Norte y la isla de Rügen en el mar Báltico.

La religion de este pueblo era el paganismo, porque aunque Procopio hablando de los Antes, pueblo de raza eslava, dice que reconocian un Dios Supremo Señor del trueno y único soberano del universo al que sacrificaban bueyes y otras víctimas, añade además que los eslavos en general rendian culto á los rios, á las ninfas y á otras divinidades, á las cuales recurrían en sus operaciones de adivinacion. La religion de los Antes no parece haber sido sin embargo la misma que la de los demás pueblos eslavos, si bien tenia una gran semejanza con ella.

Helmold nos refiere en su crónica que los eslavos rendian culto á las divinidades de los campos, de los bosques, de los bienes y de los males; que creían en un Dios Supremo y Omnipotente que habitaba el cielo, y que dejaba á otros dioses inferiores el cuidado de regir las cosas de la tierra. Todas estas divinidades eran emanaciones del Dios Supremo, y eran tanto mas poderosas, cuanto mas unidas se hallaban con él. Otros escritores y Mone entre ellos, han sostenido que los eslavos veneraban á Swátowit ó Swaetowit (la luz sagrada), especie de Apolo del Norte, dios del sol entre los rusos paganos, como á su dios supremo, pero esta idea es errónea; sin embargo, Swátowit era la divinidad principal entre los vándalos. En Arkona se conservaba un ídolo suyo hecho de madera y de un tamaño enorme; en la mano izquierda tenia un arco muy grande y en la derecha un cuerno, en el que los sacerdotes derramaban el vino para las libaciones; á su lado tenia un hacha. Todos sus atributos indicaban una divinidad

guerrera, y en efecto el dios principal de un pueblo tan belicoso como los vándalos no podia tener otro carácter. Al lado del dios estaban colocados el freno y la silla que ponian al caballo blanco que le estaba consagrado y que solo el gran sacerdote podia montar. Los vándalos creían que Swátowit iba por la noche en este misterioso corcel á combatir á los enemigos de su pueblo.

Los cantos eslavos representan á Swátowit como á una divinidad doble, por decirlo así, bienhora bajo el nombre de Bielbog ó dios blanco y funesta bajo el de Czernobog ó dios negro. Los vándalos le hacían sacrificios humanos para aplacar su cólera y le consultaban acerca del porvenir por medio de su crive ó pontífice al que tributaban mas honores que á un rey. En Arkona, en la isla de Rügen había un gran templo que fue destruido por Waldemar I cuando los habitantes se convirtieron al cristianismo, y en el cual se conservaba su ídolo; en Rhetra tenían tambien otro igual; estaba representado con una cabeza barbuda en el pecho. Los rusos paganos le representaban sin embargo como un hermoso jóven de cabellos rubios y en traje de cazador.

Radegast era el dios de los honores y de la fuerza; su ídolo se conservaba en Rhetra. Le representaban con cabeza de toro llevando en su pecho un cisne con las alas desplegadas, emblema de la fama y con una lanza en la mano. Este dios era terrible en los combates; á veces le representaban con cabeza humana y suponían que en el ardor de la pelea sus cabellos rizados se erizaban como crines, tomando todo él la forma de un león y trasformándose en un ave nocturna y carnívora el cisne que le acompañaba. A este dios le daban tambien el nombre de Rozwodiz, que parece significar, el que conduce á la guerra.

Prowe era el dios de la justicia, algo semejante al Forseti escandinavo que apaciguaba las disputas de los hombres. Le representaban como un anciano venerable y con traje talar. Sus atributos eran la serpiente, emblema de la prudencia y el hierro de las ordalias; sin embargo, estaba considerado como una divinidad funesta y era consultado por ceremonias terribles y crueles.

Sieba ó Siwa era entre los vándalos la diosa de la vida y del amor. La representaban como á una jóven desnuda con los cabellos flotando sobre sus hombros y que descendían hasta sus pies. En la cabeza tenia una corona de follaje y llevaba una manzana de oro en la mano derecha, y un racimo de uvas en la izquierda. Los eslavos habían personificado tambien el amor en un dios masculino llamado Siebog, al que representaban llevando sobre sus hombros una piel de tigre y con la frente llena de cuernos, emblema de la fuerza.

Sweixit era el dios de los rayos solares; le representaban cubierto de magníficas vestiduras y rodeado de llamas.

Tchislobog era el dios de la luna llena y del tiempo; como protector de los frutos de la tierra, era llamado tambien Krikko. Los vándalos del Holstein adoraban sin embargo á Podaga como al dios del tiempo que regia las estaciones y presidía á la caza, á la pesca, á la cria de los ganados y á la agricultura. Le representaban como á un anciano con una cota de armas corta, con un gorro puntiagudo y la frente con dos cuernos. Los bohemos adoraban á Wesna como á la diosa de la primavera.

Woloss tambien era el dios de los ganados, Ipabog el dios de la caza y Zembog el dios de la tierra.

Segun Saxo Grammaticus, Rugewit era adorado en Karenz, en la isla de Rügen como el dios de la guerra; su cabeza tenia siete rostros. Llevaba siete espadas en su tahalí y otra en la mano. En Rhetra su culto estaba unido al de Karewit, otra divinidad de la fuerza y de los combates.

Otros pueblos eslavos adoraban tambien á Iarowit como dios de la guerra y á Yaga-Baba, diosa de la guerra, especie de Bellona, á la que representaban bajo la figura de una vieja.

Jutrbog era el dios de la aurora. Dziewonna que Mone identifica con Siwa, recuerda en parte la Diana latina y tal vez los eslavos tomaron esta divinidad de las colonias latinas de la Dacia. Dziewonna es representada como Diana con un arco y flechas; esta diosa habitaba en las soledades y en los desiertos.

Czernobog, el dios negro, es el principio del mal, el antagonista de Bielbog ó el dios blanco, principio del bien. A Czernobog le representan ordinariamente bajo la figura de un león.

Perkun ó Perum, era el dios del trueno, principalmente entre los rusos; á veces le representaban con dos cabezas, una de hombre y otra de león.

Poswid, era el dios de los vientos y de las tempestades; los vientos eran hijos suyos y los rusos paganos le daban el sobrenombre de severo. Los eslavos adoraban tambien á Nemisa como á la diosa de los vientos.

Además de estas divinidades que podían considerarse como las superiores, los eslavos tenían aun una multitud de dioses inferiores, como por ejemplo Mizislaw, que aparecía bajo la forma de un caballo enjaezado con la cabeza adornada de cuatro rayos de luz y llevando una cabeza de toro en el pecho; Pizislaw, dios de la magia; Lel y Polel, que eran el Castor y Polux de la mitología eslava; Plusso y Zois, adorados en Rhetra, y

acerca de los cuales solo tenemos noticias muy vagas, etc., etc.

Los eslavos rendian culto además á las russalkas ó ninfas de los bosques; á los berstuk ó divinidades de los bosques; á los dieschie ó sátiros y á los domowie ó genios domésticos, etc., etc.

Los eslavos del Norte parece que habían adoptado algunas divinidades de los escandinavos, tales como Woda ó Waidawut, Balduri y Hela, que pueden considerarse como el Odin, Balduri y Hela de los escandinavos; sin embargo, es de creer que estas divinidades extranjeras no fuesen adoptadas mas que por aquellas tribus eslavas que se hallaban en un contacto mas inmediato con el pueblo de quien las habían tomado.

Entre los eslavos había tambien ciertos espíritus que se presentaban bajo nombre y carácter distinto, segun procedían de Biebog, ó de Czernobog; estos espíritus eran llamados Razi ó consejeros y Zirnitra ó encantadores.

El sacerdocio había recibido entre los eslavos una organizacion fuerte y poderosa; los sacerdotes poseían una ciencia propia de la que habían sacado en parte los elementos de su saber. Debían á los finlandeses el conocimiento de la escritura y de las runas, y probablemente deberian tambien á los griegos y á los romanos muchas de sus ideas religiosas. Su organizacion era una gerarquía regular. La reunion del territorio de muchos templos ó santuarios, formaba una especie de diócesis; todos los ministros de los dioses dependían del gran sacerdote que residía en Arkona.

Además de los dioses comunes á todo el pueblo eslavo, cada tribu ó provincia tenia su divinidad especial y á veces tutelar; Prowe era adorado particularmente por los wagríos; Siwa por los polabos (pueblo que habitaba en las orillas del Elba del que recibía su nombre) y Radegast por los obotritos ó pueblos de Mecklenburgo.

¿Los eslavos paganos tenían alguna idea de la vida futura? No podremos afirmarlo de un modo definitivo, aunque todo nos induce á creer que sí; sin embargo, esta idea sería, por decirlo así, grosera; creían encontrar en la vida futura los goces de esta como recompensa de sus buenas acciones y las penas corporales como castigos de sus culpas. De todos modos esta idea no sería muy clara ni muy precisa.

En cuanto á la clase de su gobierno en algunos puntos, sabemos que la autoridad civil estaba subordinada á la religiosa. Entre los habitantes de la isla de Rügen, los sacerdotes eran mas venerados y obedecidos que el monarca mismo. La causa de esto existía en que los sacerdotes eran los que en nombre de los dioses daban los oráculos de que dependía todo. El bosquecillo consagrado al dios Prowe era un asilo sagrado para los fugitivos. Allí se reunía el tribunal supremo que estaba compuesto únicamente de los sacerdotes y del rey.

La gerarquía sacerdotal en Rhetra, era con muy poca diferencia la misma que en Arkona; el último grado del sacerdocio era el rabá ó servidor, despues venían sucesivamente el miki, el waydelote, y por último el crive ó gran sacerdote. El crive de Arkona llevaba los cabellos largos y una gran barba.

Cada templo tenia sus rentas propias, que consistían en oro y en víctimas; en Arkona, el tesoro del templo se componía de metales preciosos, telas de seda y otros objetos de valor. La legislacion eslava había ordenado que se diera á este templo, la tercera parte del botín cogido al enemigo; además cada individuo debía pagar anualmente una contribucion destinada al sostenimiento de este templo y trescientos caballeros (número al que se supone que llegaban los dioses eslavos) estaban destinados exclusivamente á defenderle.

En el templo de Rhetra se conservaban los estandartes sagrados, cuya guarda estaba confiada únicamente á los sacerdotes.

Los sacerdotes de Arkona y de Rhetra estaban en relacion con los de Romowe, residencia del gran sacerdote de los prusianos. Romowe era la verdadera Roma del Norte pagano, y se hallaba casi exclusivamente habitada por los sacerdotes. Allí era donde se veía la encina sagrada á cuyo pie se entretenía siempre un fuego perpetuo. Los prusianos eran como los vándalos, un pueblo de raza eslava, y aunque sus respectivas religiones no eran de ningun modo iguales, había sin embargo entre ellas cierta analogía. La religion de los prusianos parece haber tenido mayor semejanza con la de los lituanos y los polacos, aunque estos últimos se convirtieron muy temprano al cristianismo.

Como quiera que sea, aun cuando las creencias religiosas de los diferentes pueblos eslavos se diferenciaban entre sí de un modo notable, es un hecho indudable sin embargo que el culto de ciertas divinidades era comun sino á todas, por lo menos á la gran mayoría de las diversas naciones de esta raza. Así pues, vemos que los pueblos que habitaban puntos ocupados hoy por la raza teutónica, adoraban á Swátowit del mismo modo que los rusos que se hallaban establecidos en los últimos límites, á donde llegaba esta raza por el lado del Nordeste.

Pero esta religion, que por grosera que fuese, tenía algo del Oriente, patria primitiva de los pueblos que la profesaban, esta religion decimos, ¿no encerraba en sí algun dogma filosófico, alguna adoracion de las fuer-

zas de la naturaleza, alguna cosa superior á ese materialismo vulgar que aparece en todas las religiones de ciertos pueblos que se hallan en un estado atrasado? Es de creer que sí; es de creer que esta religion era algo mas elevada en el fondo que en sus formas; pero que los sacerdotes, tanto entre los eslavos como entre otros muchos pueblos, eran los iniciados únicamente en sus doctrinas y que dejaban al vulgo en una ignorancia profunda, tanto por que su falta de cultura no permitía casi otra cosa, cuanto porque de este modo los sacerdotes podian dominarle mas fácilmente y sobreponerse á él.

M. A.

CUATRO SEMANAS

EN EL MAR GLACIAL DEL NORTE.

INFRACTUOSA ESPEDICION DE PABLO DE KRUSENSTERN, TENIENTE DE LA MARINA RUSA, PARA ESPLORAR EL MAR DE KARA.

(CONCLUSION.)

Cuando nos persuadimos de la imposibilidad de salir de allí, traté de poner en planta el último medio. Durante un momento, el resultado de la tentativa pareció coronar con buen éxito nuestros esfuerzos; la goleta se sostenía bien con un viento algo mas fuerte, aunque debía virar á cada momento. Yo habia dejado libre al *Embrion*, diciendo á su gente que tratara de todos modos de llegar á tierra y que no se cuidara de nosotros.

Sin embargo, pronto desapareció nuestra última esperanza; el viento se calmó del todo, y aunque remolcábamos con los botes y toda la tripulación tiraba para arrastrar el buque, todo fue infructuoso. El espacio para navegar era cada vez mas estrecho y últimamente me vi obligado á aferrar la goleta á una masa de hielo. El *Embrion* entre tanto trabajaba con los remos para acercarse mas á tierra, y espero que habrá podido lograrlo y que se habrá salvado la tripulación. La masa de hielo á que habíamos aferrado, vendría á tener unos 28 pies de grueso y era bastante grande. Esto pasaba el día 14 de agosto á la una y media de la tarde; si hubiésemos tenido la fuerza de un vapor por espacio de una hora solamente, nos hubiéramos salvado. Todo el tiempo que pasamos sobre esta masa de hielo estuvimos en un perpetuo sobresalto.

Habíamos levantado algunas tiendas de campaña y habíamos descargado la goleta echando los botes sobre el hielo y estando preparados á saltar de á bordo así que la goleta se abriera. A cada instante cuando el hielo le empujaba el buque crugía por todas sus juntas; el costado derecho se abrió una media braza, y sin embargo no hacia aun agua; esta goleta era extraordinariamente fuerte. Sin embargo, el hielo le hacia echarse ya sobre un bordo, ya sobre otro, poniéndole luego derecho y levantándole tanto sobre el agua que acaso vendría á estar tres pies mas elevado que las masas de hielo. A veces sufría tales choques, que se sentía un crugido en todo el buque que hacia sudar de angustia á los mas tímidos de la tripulación. Yo entre tanto hacia observaciones astronómicas y escribía nuestro diario meteorológico. A pesar de esto continuábamos viviendo siempre en el buque, aunque todo lo habíamos llevado sobre el hielo.

Tanto nuestras observaciones como el cambio frecuente y la diferencia de profundidad mostraban que nosotros con toda la superficie de hielo en que yacíamos, éramos arrastrados ya al Sudoeste, ya al Este, y á veces al Noroeste. En latitud variábamos poco entre los 69° 54' y los 70° 5'. Así llegamos á ver casi toda la costa meridional hasta la embocadura del Kara, pero los vientos del Sur y del Sudoeste nos arrastraban luego á la costa oriental del mar de Kara. Esta situación duro todo el mes de agosto. No veíamos agua alguna, excepto algunos agujeros muy profundos de agua dulce que habia en el hielo en que estábamos. El 7 de setiembre reuní en consejo á todos los del buque, y fue resuelto, que puesto que la goleta con un viento moderado era arrastrada por el hielo, y que en una tempestad seria completamente destruida, que puesto que además la masa de hielo en que estaban nuestras tiendas, que era la mayor de las que habia próximas, tenia ya varias grietas y podia abrirse, que no habia que pensar en pasar el invierno en ella, porque teníamos muy poco combustible á bordo, aun cuando quemáramos los palos de nuestras mismas tiendas para ir sosteniéndonos con fuego durante el largo invierno, que además en los vientos tempestuosos del Sudoeste, que reinan en él, Dios sabe á donde arrastrarian las masas de hielo con la goleta y que no habia que esperar en salir del hielo compacto en el estío venidero, debíamos abandonar el buque y dirigirnos á la costa oriental (de la que segun nuestras observaciones nos hallábamos á una distancia de 30 millas) para llegar á Obdorsk.

Se hicieron todos los preparativos necesarios para nuestro peligroso viaje sobre el hielo; un bote fue convertido en trineo y cargado con provisiones y con los

instrumentos necesarios. El 9 de setiembre abandonamos, en efecto, la goleta, haciéndolo tan pronto porque yo sabia con certeza que á mediados de setiembre es raro encontrar todavía hombres en las costas del mar Glacial, y como el andar á pie un camino de cerca de 4,000 werstas por en medio de la nieve y con una carga no muy ligera á la espalda, es una empresa problemática, no confiábamos mucho poderla llevar á cabo. Lo que sufrimos durante esta marcha de nueve dias sobre los hielos y cómo nos vimos rodeados por un lado de montañas de hielo, mientras que por el otro teníamos el mar libre considerando imposible salir de aquella situación, es cosa que no puedo describir porque me falta espacio en esta carta; solo un acontecimiento mencionaré algo mas particularmente.

Una vez rendidos de fatiga, nos habíamos echado sobre una masa de hielo detrás de pedazos de lo mismo amontonados unos sobre otros para tener allí nuestro frio y húmedo lecho, cuando súbitamente la masa en que estábamos fue puesta en movimiento por la tempestad y arrastrada al mar polar con una velocidad furiosa. Ni aun los mas valientes creían poderse salvar de esta situación desesperada, y cada uno se echó en brazos de su suerte con toda la mayor serenidad que pudo. Muchas veces veíamos osos polares que pasaban á nuestro lado en pedazos de hielo mas pequeños y que parecían considerarnos como una buena presa y no esperar mas que el momento en que se hiciera pedazos nuestro barco de hielo para apoderarse de nuestros cuerpos. Tres dias duró esta navegacion insensata, y siempre fuimos en direccion Noroeste hácia el polo. Hacia mucho tiempo que habíamos perdido nuestras gorras, nuestros trages estaban empapados de agua y nuestras provisiones consistían únicamente en un poco de bizcocho en muy corta cantidad. El tercer día cambió el viento, y un grito de alegría salió de todas las bocas, nos dirigimos otra vez hácia la costa y un rayo de esperanza vino á reanimar de nuevo nuestro valor. Todos los que poco antes estaban inmóviles, mudos y abatidos, y que ya medio cadáveres se habian echado delante de la muralla de hielo, cobraron nueva vida y corrian contentos alrededor de nuestro pequeño dominio. El viento era muy violento, el mar se levantaba mucho y se estrellaba constantemente sobre la masa de hielo en que íbamos. Entonces tuvo lugar un accidente que hubiera debido traer de un modo inevitable la muerte de cuatro de nuestros compañeros de sufrimientos. Se hallaban estos, juntos en una punta de nuestro hielo mirando con esperanza y con un deseo ardiente hácia el punto en donde debía aparecer la costa salvadora. De repente la punta de hielo en que estaban los cuatro hombres se separó del resto de la gran masa y los llevó mas allá en el mar. Solo con peligro de la vida y con grandes esfuerzos logramos volver á recibir á estos desgraciados en nuestra masa de hielo, algo mas segura. Por fin alcanzamos otra vez campos de hielo mas firme, y con el resto de nuestras fuerzas continuamos nuestra peregrinacion hácia tierra. Cada uno de nosotros tenia que arrastrar unas setenta libras. Se podria escribir un libro entero con la relacion de lo que pasamos, de cómo tuvimos que trepar, que saltar, que andar en esta marcha, pero gracias á Dios nos hemos salvado y ningun hombre se ha perdido. Frecuentemente era Mateo el último, pero aun siéndolo, se hallaba con nosotros cuando al fin el 18 de setiembre, empapados en agua y con un frio muy fuerte alcanzamos la orilla. Dormimos sobre la tierra desnuda, al aire libre, sin leña para calentarnos y sin tener ni aun el mas ligero alimento con que fortalecernos. ¡Cuanto amaneció encontramos dos tschums y nos salvamos! Con sus rengíferos nos traje: on aquí á Obdorsk; nuestro diario, algunas cartas geográficas y un par de armas de fuego, es todo lo que he podido traer conmigo del buque.—Pablo Krusenstern.

LOS PASEANTES DEL RETIRO.

Es evidente que hay muchos seres inverosímiles en la tierra. Nadie puede, por tanto, tener por imposibles las aberraciones mas absurdas.

Y no lo es menos el que los hombres raros, á semejanza de los perros en determinadas plazas ó lugares públicos, han de buscar un centro comun de ostentacion de sus extravagancias.

Hay uno... ¡y qué paraje! Precisamente aquel de que debian estar mas alejados en las horas en que lo han invadido: el Retiro en las primeras horas de la mañana, esto es, el único lugar algo poético que casi exclusivamente se encuentra en los alrededores de Madrid; el que solamente debía ser frecuentado en estas horas por artistas, poetas y mujeres hermosas.

Peró los poetas y demás gente de mal vivir, no suelen ser dados á madrugar, y no solo no se les encuentra por allí, sino que ni aun siquiera tendrán noticia de lo que pasa, ni aun de la existencia de las personas á quienes me he referido.

En cuanto á las mujeres hermosas, las pocas que tienen tiempo ó humor para ir deberían dejar de hacerlo, puesto que la primer necesidad de su vida es la

adoracion, y si el templo existe, apenas concurre á él algun que otro estraviado devoto de su belleza.

Yo mismo sin ser mujer, ni mucho menos hermoso, me he convencido del mal que hice en ir una vez allá.

Peró tuve la desgracia de trabar conocimiento con un sugeto que habiendo contraído la fea costumbre de madrugar, al parecer, y la mas odiosa aun de ser importuno, abusó en cierta ocasion de mi vanidad, del modo siguiente:

—Yo no sé cómo hay personas, me dijo, que se levantan á las doce del día.

—Es verdad, no sé como hay personas que puedan hacer eso, le contesté creyendo que la hora predicha le parecia demasiado temprana.

—Yo por mi parte puedo asegurar á usted, continuó mi amigo, que á las seis he de estar mañana en la calle; y ya ve usted la hora que es.

Era la una y media de la noche.

—Es muy natural, añadí yo que tenia mas deseos de irme á dormir que de oponerme á ninguna de las extravagancias que pudieran ocurrir á mi interlocutor.

—¿Usted hace lo mismo?

—¡Por supuesto!

—¿Que me place! yo que buscaba un compañero para mis escursiones matinales... Mañana le iré á buscar para que vayamos juntos al Retiro.

—Le diré á usted, lo que es mañana...

—¿Tiene usted algun inconveniente por la hora?

—No, por la hora no señor, tuve que contestarle cogido en el garlito en que suelen tambien caer los que se proponen seguir á los demás la corriente de sus ideas ó de sus caprichos.

—Pues entonces mañana á las seis me tiene usted en su casa.

—Bueno, dije yo, por que me habia ocurrido una idea.

—¡Ah! exclamó mi amigo volviendo á acercarse despues de haberse despedido y andado unos cuantos pasos, ¿cómo haré para que me abran si encuentro la puerta cerrada?

—Este hombre, me dije, es implacable, me desaloja de mi último atrincheramiento. Estará abierta, añadí en voz alta.

—Peró y ¿si no lo está?

—Dé usted cuatro golpes y repique, le dije separándome y tratando de provocar una reyerta con el vecino del cuarto cuarto.

Bah, pensé antes de dormirme, probablemente mi amigo será tan madrugador como yo y se levantará algunas horas despues que el sol.

Peró apenas me habia quedado dormido, tal creia yo á lo menos, se apareció delante de mi lecho la funesta sombra de Nino, de aquel hombre zamarreándose un brazo.

Creí naturalmente que tenia pesadilla, y me volví del otro lado.

—¡Eh! no hay que dormirse, amigo, que ya es tarde.

—¿Cómo? ¿Pues qué hora es?

—Las ocho y media van á dar.

—Entonces ya es tarde, repliqué tratando de volverme.

—No, aun hay tiempo.

—Es que no he podido dormirme hasta hace media hora, el café me ha desvelado... empecé á decir apestando al pretexto de los dormilones; pero no hubo mas remedio, tuve que levantarme y salir tan complacido como pudiera hacerlo de la casa del dentista aquel á quien extrajeran la muela sana que se hallase inmediata á la picada.

Porque mi amigo se habia engañado, segun me dijo sonriendo; en vez de las ocho y media eran las cinco menos cuarto.

La gracia era bastante adelantada para parecerme oportuna.

El imbécil del sereno habia dejado el portal abierto y yo cometí la noche anterior la necedad de no prevenir á la criada que podria venir un acreedor al amanecer.

Veamos ahora la diversion que me proporcionó el amigo.

Prescindiendo del succulento desayuno de polvo, que á pesar de nuestros deseos de escusarlo nos suministraron los barrenderos, de las embestidas de las burras de leche y los borrachos rezagados, *y v. y al paseo*.

Despues de subir una empinada cuesta me hizo entrar mi compañero en un saloncito donde habia cuatro personas, cuarenta mil moscas, un boyero y ocho vacas, y me hizo tragar una infusion purgante bautizada con el nombre de leche.

Penetramos en el Retiro.

Yo estaba seguro de que éramos los primeros en llegar aquel día, pero me engañaba; al entrar en la calle de las estatuas encontramos dos sugetos, vecinos al parecer de algun pueblo cercano, que salian de ella.

—Dn. Gu...undémaro Murió A.º de 612, leyó uno de ellos en el pedestal de una estatua; lo mismo que las otras, está visto, todos los reyes antiguos se morian en agosto.

Al cabo este primer encuentro no tenia nada de peligroso.

Peró al desembocar en el paseo del estanque creí

que íbamos á ser devorados. Una legion de perros se precipitó ladrando sobre nosotros.

Confieso ingenuamente que tuve miedo. Ninguno de aquellos animalitos tenía bozal.

Es verdad que lo llevaban sus dueños.

Pero estos tenían la inmodestia de llevarlo en la mano.

—¡Por acá, Allí! ¡Por aquí, Turco! ¡Ven acá Megaterio!

Y gracias á estos gritos de sus amos, pude salir de entre ellos sin mas lesion que tres desgarrones en la levita y una mal entendida dentellada en la pantorrilla izquierda.

—Iremos al baño del elefante, me dijo mi amigo.

Anduvimos media legua y llegamos al borde de una alberca, especie de pozo hediondo de aguas detenidas.

Cuando ví á mi amigo despojarse de su levita, calculé que habria sido la vanidad quien le habia aconsejado dar el pomposo nombre anterior á aquel baño de jumentos, pero no se despojaba para otra cosa que para tenderse en la yerba y tener cabezal.



PERMANENCIA DE KRUSENSTERN Y SUS COMPAÑEROS EN UNA MASA DE HIELO FLOTANTE POR ESPACIO DE TRES DIAS.

Yo que cometí la imprudencia de aproximarme á la entrada del baño, le recibí á mi pesar, merced á las raciones de los lanudos canes que se sacudían al salir de él.

Volví en busca de mi amigo y no le hallé.

Ya empezaba á desconfiar de los efectos de la leche cuando percibí no muy lejos risas y algazara.

Ví cruzar mujeres por entre un claro del ramaje y percibí voces femeniles.

Ni aun á las cinco de la mañana pueden perder las mujeres su influencia atractiva y me dirigí hácia allá.

Habia media docena de muchachas medianamente vulgares, pero vestidas con caprichosos trages de mañana y graciosos sombreros, que entreteniéndose en un juego, que me digeron llamarse de *la gracia*, atraían hácia ellas á los bobalicones.

Fuese que mi ánimo no se encontrase dispuesto á encontrarla en ninguna cosa, ó que realmente no la tenga un juego que consiste en lanzar y recoger con ayuda de dos palitos unos aros, ello es lo cierto que yo no pude encontrar la susodicha gracia.

Mi amigo estaba allí y continuó todavía mas de media hora absorto en la contemplacion del monótono entretenimiento; mas para no dejarme duda de que la mas relevante de sus cualidades es la importunidad, se cansó cuando ya iba yo pudiendo reconciliar el sueño contra el tronco de un árbol.

—Ya será hora, me dijo, bajemos.

—Hora ¿de qué?

—De que vayan llegando.

—¿Quiénes?

—Los hidrópatas.

Con efecto, al llegar á la casa de fieras empezamos á ver grupos ó personas aisladas llevando casi todas ellas el sombrero en la mano y caminando precipitadamente; casi todos saludaban á mi compañero; pero ninguno se detenía á hablar.

Nos colocamos en las gradas del estanque frente á la fuente de las Sirenas.

Llegó el primer sugeto á ésta, y sacando su vaso de cuerno ó talco, empezó á despachar tragantadas de líquido, que no bajaron de doce á quince.

Inmediatamente se despojó del sombrero y tomó al mismo paso la direccion misma que los otros.

Así fueron haciendo varios. Luego llegaron dos que en vez de sacar vaso colocaron sucesivamente sus cabezas debajo del chorro y las inundaron perfectamente. El agua debia llegarles á las botas por debajo del vestido, y lo mas chocante para mí era que el uno fuese jóven y de buena apariencia.

Encontró dos conocidos, uno de ellos el decano de los hidrópatas, segun la veneracion con que era escuchado por sus cofrades.

—¿Viene usted á tomar sus diez y ocho azumbres? le pregunté.

—No, amigo, me contestó naturalmente; aun no he llegado á eso; veinte y siete vasos, nada mas, hoy no me quedan por tomar ya mas que los tres de esta fuente.

—¿Y no toma usted mas?

—Y el cortadillo de antes de salir de casa.

—¡Pseh! no es cosa; ¿y éste, le pregunté por su otro compañero, despacha tambien la misma racion?

—No, éste no bebe, me contestó con el mismo tono de superioridad que hubiera podido emplear un alumno de Baco refiriéndose á otro que no lo fuera.

En fin, llegaron al lugar donde nos habíamos fijado casi todos los hidrópatas, y no son pocos, existiendo entre ellos sus categorías y secciones. Los hay naturales ó que beben, de chorro, de inmersión, de aspiracion, de contacto, etc., etc., y hasta que se tragan cuarenta y cinco vasos diarios.

Como todo en el mundo, llegaron tambien á cansarme los hidrópatas; pero entonces llegó su vez á los andarines que venían ya de abordada. Estos son gente que se ha impuesto la obligacion de dar diariamente la vuelta completa al Retiro, aunque lluevan rayos. Se refiere que viniendo á avisar á uno de ellos que su hijo se moría cuando apenas habia llegado á la mitad del paseo, prorumpió desesperado y sin poder contener las lágrimas.

—¡Qué desgracia estar aun aquí, y no poder volar á su lado!

Y acabó de dar la vuelta diaria.

Luego estuvimos en las alamedas de los estudiosos que son las mas sombrías. Sentados los unos, paseando los otros, todos llevan su libro abierto por delante. Aquella mañana tres ó cuatro leían obras de matemáticas, los restantes las novelas de Voltaire, Martin Gil, ó Sala, y uno de ellos llevaba abierta del revés una Agenda de Bufete.

Noté que en todo el tiempo que permanecí entre ellos no ví á uno solo volver la hoja de su libro, bien que en cambio oí que las miradas de todos ellos seguían descarada ó hipócritamente á cualquiera buen talle que acertaba á pasar por allí.

Mas adelante, en la plaza del loco, pasó una chica seguida de su aya y de un perro muy feo, estremadamente feo, en una palabra de un *carlin*.

Su aparición fue anunciada por la suspension de los juegos de unos medio mozalvetes que andaban enredando por allí, alguno de los cuales la hacia el amor y no queria esponerse á que la jóven tomase conocimiento de su vocacion por el noble juego del toro.

—Mire usted un perro mas feo que el suyo, dije á mi amigo cuando pasaba cerca de nosotros el de la jóven.

—¡Calle usted hombre! ¡Me ha perdido!

—¿Cómo?

—¡Es el perro de ella!

—¡Ya! ¿Con que esa es la causa de los paseos? Bien, todo se reduce á que una chica guapa puede tener un perro feo.

—¡Ca! hombre si le cree mas hermoso que...

—¿Que usted?



PABLO DE KRUSENSTERN. (DE UNA FOTOGRAFÍA.)

Ya se comprenderá que mi amigo me dejó antes de haber trascurrido cinco minutos.

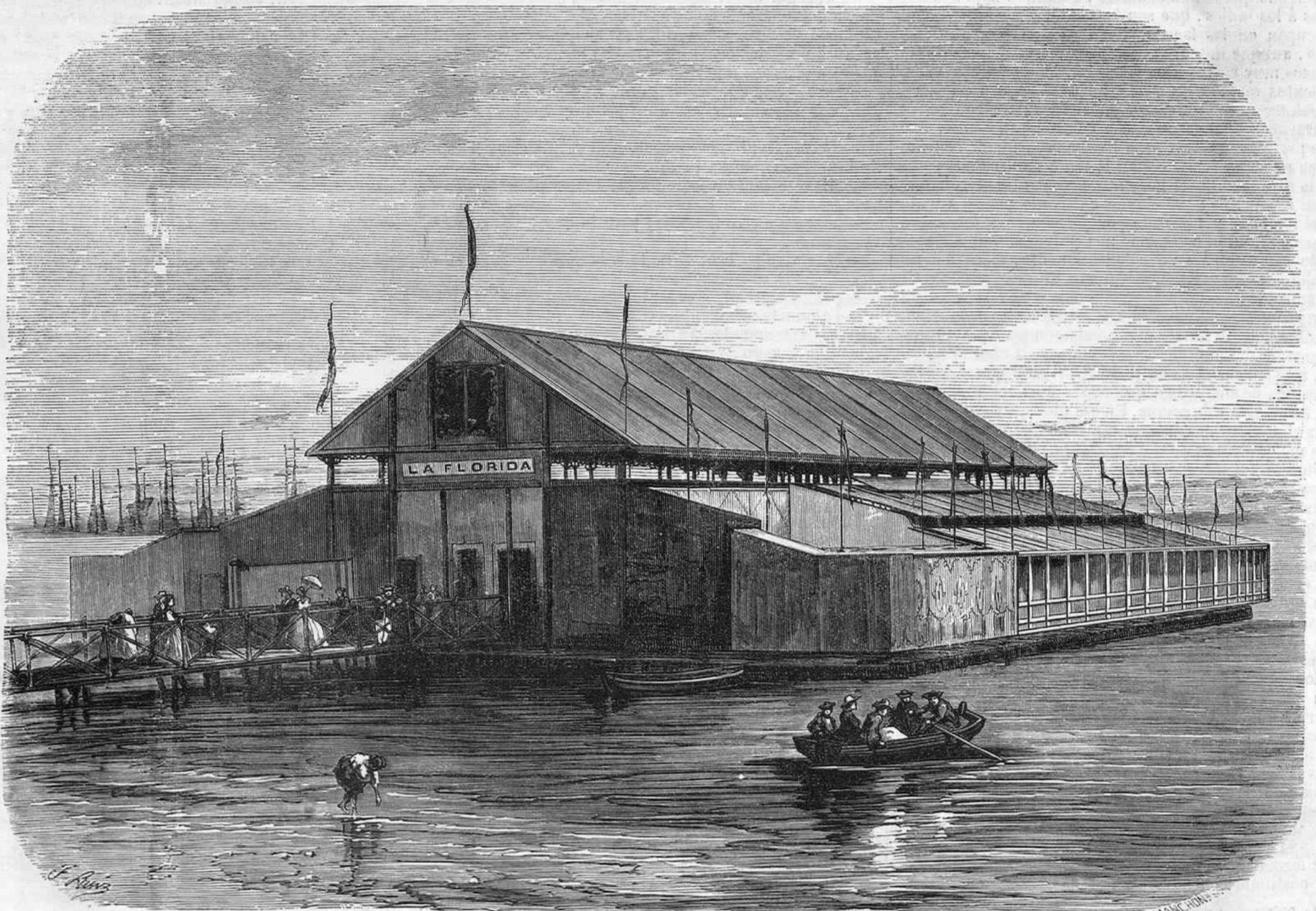
¿Querrán ustedes creer que al dia siguiente volví al Retiro, solo, á la misma hora y sin necesidad de que nadie me llamase?

Pues sí; cuando me separé de mi amigo me encontré con una hechicera niña de pelo rubio y ojos azules.

Pero no volví mas. Al dia siguiente llevaba tambien la niña de ojos azules un *carlin* y ahogó mi incipiente amor dando un beso en mi presencia ¡jucaff! ¡á su perro ratonero!

Séame permitido tomar venganza de aquel odioso y favorecido rival con unas cuantas declamaciones.

Es una costumbre atrozmente ridícula y que nunca se podrá censurar lo bastante la de que esos inmundos y horrosos bichos se permitan alternar con las mujeres mas hermosas y aristocráticas, y es mas horrendo todavía el que nos separemos precipitadamente para dejar paso á alguna blasonada carretela, teniendo la magnanimidad de encontrar la disculpa de que será alguna hermosa señora quien nos atropella, y nos encontremos al dirigir una mirada al co-



BAÑOS FLOTANTES EN VALENCIA. (FOTOGRAFIA DE RIOS.)

che, con que conduce, puestos de patas sobre la portezuela, á uno ó dos de esos miserables doguillos, que dénles el nombre que quieran no merecen verdaderamente otro.

Quince dias despues y en uno en que tuve necesidad de ir á su casa á las doce de la mañana, encontré en la cama á mi amigo.

Empezó á querer decirme que estaba malo, que habia tenido la noche anterior cólico y toda esa serie de mentiras de que echan mano las personas que se avergüenzan de que los cojan en flagrante delito de pereza, pero terminó confesando la verdad sobre un punto en que ya habia yo antes concebido mis sospechas.

No se habia acostado la noche anterior al dia en que fué á buscarme tan temprano.

R. M.

EL RANCHERO MEJICANO.

Antes de entrar en la descripción de lo que es el *ranchero* mejicano, y de dar á conocer sus sencillas y varoniles costumbres, me detendré á explicar de dónde proviene que se designe con esa palabra al labrador de Méjico.

En la república mejicana, las haciendas, esceptuando las próximas á la capital, son inmensas; casi tan grandes como un reino, pues hay muchísimas que tienen 50 y hasta 60 leguas de largo. Estas haciendas, que unas son de siembra, otras de pastos, y varias de pasto y labor, están subdivididas en varios departamentos llamados *ranchos*, en que viven los campesinos encargados del cultivo de aquella porción de tierra que les ha señalado el amo, y que toman el nombre de *rancheros*. Todas las haciendas tienen su gran casa llamada de la *hacienda*, en que viven el administrador y los dependientes indispensables en ella. Espaciosos graneros, magníficas heras, grandes cuadras y una tienda provista de cuanto puede necesitar el hombre, forman una parte de la casa de la hacienda. A su lado se alza una pequeña, pero aseada capilla, propiedad del dueño de aquella, y algunas casuchas y chozas de indios que vienen á formar una especie de aldea, cuyos habitantes llevan el nombre de *rancheros*, esceptuando los indios, que nunca son conocidos mas que por indios; esto es, como por clase inferior á la del resto del país.

Por lo espuesto verá el lector que, el *ranchero* y el indio son personajes muy diferentes. El *ranchero*, cuyo color anuncia que en sus venas circula una gran dosis de sangre europea, tiene á su cargo el cuidado del terreno que le han confiado, contando bajo sus órdenes á los indios, que son los infelices jornaleros que se ocupan en las faenas mas humildes y penosas. El indio, aunque muchas veces propietario, lo es solo de pedazos muy cortos de terreno, donde siembra maiz, pimientos que llaman de *Chile*, y donde cria gallinas, *yuajolotes* (pavos), y marranos. El *ranchero*, por el contrario, ó tiene á su cargo como dependiente, una gran parte del terreno de la hacienda, llamado *ranchito*, ó bien es propietario, ó bien lo tiene en arriendo, pagando al dueño de la hacienda una cantidad convencional al año: de aquí el que cultivado por su cuenta aquel terreno, y tomando por jornaleros á los indios que se contentan con ganar una peseta al dia, adquieren lo bastante para vivir decentemente, mantener un caballo, que es indispensable para un *ranchero*, vestir bastante bien á su mujer, á quien tambien dedican un buen jaco, pues la *ranchera*, lo mismo que el *ranchero*, es una excelente ginete que puede competir con el mejor picador del mundo. Si entramos en la choza del indio, solo hallaremos una pieza desaseada que sirve de comedor, de alcoba, en que todos duermen juntos, de sala de recibir y de cocina. En esa pieza, única que tiene la choza, no se ven mas muebles que un *metate* (1) para moler el maiz y hacer *tortillas*, que es el pan favorito; una hamaca colgada del techo, en la cual descansa alguna criatura de pocos meses; varias estampas ordinarias de santos, entre ellas la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, pegadas todas á la pared con engrudo, y varios *petates* que hacen las veces de mesa y de mantel, de sillas, de cama y de colchon.

La casa del *ranchero* es generalmente de adobe, con tres ó cuatro piezas aseadas y de regular capacidad, provista de caballeriza y corral; los muebles que en ella se encuentran son escasos, de poco valor, pero limpios. El *ranchero* es el que dirige, tiene á su cargo ó desempeña los quehaceres mas nobles que hay en una hacienda: el indio, el jornalero que viene á ser el criado de todos. El *ranchero* es el que cuida de los caballos pertenecientes al dueño de la hacienda, el que los monta, entra en conversacion con los propietarios, y es considerado en la sociedad: el indio, el que con nadie alterna, ni habla mas que cuando le preguntan, y eso con tanta humildad, que mas parece un esclavo que un ciudadano en el goce de todos sus derechos. En una palabra, el *ranchero* es el labrador despejado que forma verdaderamente el tipo nacional, tanto por las costumbres originales que le distinguen, cuan-

(1) Piedra cuadrilonga que descansa sobre tres pies muy cortos, sobre la cual muelen á mano con otra piedra cilíndrica, el maiz, el cacao, etc.

to por el carácter franco y el traje pintoresco que viste.

El *ranchero* mejicano es hombre franco, sencillo y hospitalario: sus costumbres son puras, sus necesidades pocas, su ambicion ninguna, su diversion favorita el caballo, su arma temible el lazo, su valor personal indisputable, y á nadie cede en nobles sentimientos. Promuévasele alguna conversacion de un asunto difícil, y despues de manifestar un talento natural despejado y claro, concluirá diciendo con franqueza que teme haberse equivocado, y añadirá luego estas palabras que revelan su decidida afición á la vida del campo. «Señor amo, yo, en eso que me ha *platicado* su *mercé*, no estoy *lucho* (por *ducho*): á mí hábleme su *mercé* de *colear* un toro, de montar una mula *cerrera*, de lazar una fiera, que á eso me *rifo* (me pongo) con el mejor; pero lo que es de letras, confieso que estoy *rapado á navaja*.»

Como he viajado por casi toda la república mejicana, y he tenido precision de detenerme en los *ranchos*, no solo á comer, sino tambien á dormir, he podido examinar detenidamente la índole del *ranchero*, y de vencerme de su franqueza y de su honradez. En uno de mis viajes á Guadalajara, hecho á caballo, no por donde cruzan las diligencias, sino por el camino llamado de *las haciendas*, recibí mil pruebas de hospitalidad y deferencia de la clase *ranchera*.

Caminaba cierto dia, ya bien entrado el sol, caballero sobre un jaco, sin mas cuartos que los de mi rocín, pues los míos se habian acabado, y solo podia adquirir metálico en una poblacion todavia algo distante, donde debia cobrar una letra, cuando advertí que aunque iba desherrada la bestia, marchaba muy errado el camino. Por fortuna en tal afliccion divisé á la izquierda una luz, y dirigiendo las riendas de mi fatigado corcel hácia ella, oí, al acercarme, el ladrido continuo de millares de perros que me anunció que llegaba á un rancho, como en efecto llegué. Contento de mi fortuna porque Dios me deparaba un *ranchito* que á mí me pareció en aquel momento, tales eran mi miedo y mi necesidad, la ciudad mas hermosa del mundo, ni mas ni menos que como al héroe manchego se le antojaban castillos y palacios las que solo eran miserables ventas, me acerqué á la puerta de una casucha en que estaba tomando el fresco un *ranchero*, y conociendo bien el carácter del país, detuve el caballo, entablando al pie de la letra el siguiente diálogo.

—Buenas noches, amigo.

—Dios se las dé á su *mercé* muy buenas.

—¿Hay en este rancho alguna casa donde uno que ha estraviado el camino pueda depositar en su estómago lleno de aire alguna cosa sólida?

—Sí, señor amo: bájese su *mercé*, y le sacarán un bocado, se entiende que de la olla: que aunque esta no es fonda, sin embargo, mi casa siempre está abierta para las personas decentes como su *mercé*.

—Mil gracias: dije apeándome del caballo.

—No hay por qué darlas, contestó el *ranchero*; y luego, llamando en alta voz á un joven que estaba adentro, añadió.

—*Mochacho*, lleva esa bestia á la caballeriza, y dale de beber y échale un pienso.

—¿Es este rapaz hijo de usted? Le pregunté á la vez que me conducía al comedor.

—Y de su *mercé* tambien, para lo que guste y Dios sea servido.

—Muy vivo parece; tiene toda la pinta de su padre.

—Es favor que su *mercé* me hace, señor amo.

—¡Oh! y aquí hay una guitarra. ¿Toca usted?

—La puerta solamente, señor amo: mi hijo es el que toca ese *estrumento*. Ya le oirá su *mercé* despues de que haya cenado, y creo que no le *descuadrará* (disgustará).

No bien acabó de pronunciar estas palabras, cuando salieron su agraciada esposa y una simpática joven que era su hija, con quienes me dejó en tanto que él ordenaba que me dispusieran una regular cena. Poco despues me sirvieron esta, compuesta de una buena *tortilla* de huevos, ó *bianquillos*, como los llaman los *rancheros*, un plato de gallina guisada, otro de judías, un gran vaso de *pulque*, y por conclusion abundante dulce de guayaba.

Las judías, llamadas allí *frijoles*, y el dulce, son dos cosas que jamás faltan en ninguna mesa de Méjico, desde la clase mas alta hasta la mas baja de la sociedad; y preciso es confesar que los *frijoles*, confeccionados como lo hacen en aquel país, son un plato riquísimo que adopta inmediatamente todo extranjero, y muy particularmente el español, desde el instante que pisa el territorio mejicano. Aderézanos poniendo á cocer en una gran cazuela judías pardas, á que dan el nombre de *frijoles parraleños*, ó amarillentas que denominan *frijoles bayos*: á estas judías les echan un poco de *tequesquite*, especie de barrilla que las presta un gusto y suavidad especial, y cuando ya están cocidas las frien con manteca en otra cazuela, pero con tal acierto, que el paladar mas delicado las encontraría riquísimas. Respecto al dulce, que es lo que se sirve al fin de toda comida, y aun despues del chocolate que se toma á las cinco de la tarde, ningun país del mundo puede competir con Méjico. Pocas son las casas en que no se hacen diferentes y esquisitos dulces para el consumo de la familia; y en las calles, plazas, paseos, tea-

tros, toros y tiendas, no se ve otra cosa que dulceros que cruzan en todas direcciones pregonando los mas delicados dulces.

Despues que acabé de cenar, el honrado *ranchero* queriendo obsequiarme, mandó á su hijo que cogiese la guitarra. El joven obedeció y preguntó qué cosa deseaban que cantase.

—Canta aquellos versos de aquel calendario llamado impolítico, y que tanto me *cuadran* á mí. Contestó el buen padre.

—¿Versos del calendario impolítico? pregunté yo no sin alguna admiracion, como que el espresado calendario lo escribia yo todos los años.

—Sí, señor: ahora los oirá su *mercé*.

—¿No los conoce usted? Me preguntó la *ranchera*.

—Sí, sí, los conozco tanto como si fueran hijos míos.

En tanto que esto hablábamos, el muchacho templó la rajada guitarra, tosió dos ó tres veces, dijo á su hermana que le *echara segunda*, esto es, que cantara la segunda voz, y ambos dieron al viento en alegres notas las siguientes estrofas que poco antes habia publicado yo en un calendario, y que las pongo únicamente porque allí se habian hecho populares.

Mas que un wals ó una polka

Que á *estranjis* sabe,

Me gusta de esta tierra

Un buen *jarabe*;

Y no sé cómo

Hay quien baile *redowa*

Cuando hay *Palomo*.

Cuando deja una *china* (1)

Suelto el *rebozo* (2),

Sin saber por qué causa,

Muero de gozo;

Y si hecho fragua

Sus pies atento miro,

Soy hombre al agua.

Cuando esté moribundo

Sobre este suelo,

Toquen, para que sane,

Pronto el Canelo:

Que de esta suerte

Se olvidará, bailando,

De mí la muerte.

Invadan las mazurcas

La tierra entera,

Y en Méjico bailemos

La *Petenera*.

¡Ay... Jesucristo!...

Siga usted, vida mia,

Que nada he visto.

Al ver de tus enaguas

Las puntas bellas,

Dejan de andar los vates

Por las estrellas;

Y yo me abismo

Porque á mí me sucede

Tambien lo mismo.

Viva el arpa y el *bajo*,

Flauta y *jarana*,

Que es música que alegra

Y es mejicana;

Viva este suelo,

Que no hay otro mas lindo

Bajo del cielo.

Viva el *pulque* de piña

Y el mole verde,

Y esa de negros ojos

Que á mí me pierde:

¡Viva el jarabe!

Y la que con tal gracia

Bailarlo sabe.

Pues el frac te disgusta,

Ya me propongo

Andar de *calzoneras*

Y de *jorongo*;

Pues mas bizarro

Que un mono de espejuelos

Es un buen *charro*.

Ya estoy hecho un tremendo:

Si hay quien te toque,

Un canal en la cara

Le hará mi estoque:

No haya cuidado;

Baila, que me *recuadra*

El *Aforrado*.

Me *nace* (3) y me *renace*

El adorarte,

Y si algo de tí exijo ..

Eso es aparte:

Sigue bailando,

Para que yo mi vida,

Siga gozando.

(1) Semejante á las manolas.

(2) Especie de chal con que se embozan.

(3) Tener voluntad.

—¡Bravo! ¡muy bien! esclaman varios campesinos que han entrado á visitar á mi buen *ranchero*.

—Lo han hecho perfectamente, añadí yo para cumplir con un deber de urbanidad.

—¡Oh! no es extraño, replica el padre: figúrese su *mercé* que mi hijo canta por *punto* (por música).

—¡Ah!... ¡con que canta por *punto*!... exclamé fingiendo mayor asombro.

—Sin duda; por eso tiene tan *rebusta* la voz (escelente consecuencia.) ¡Oh! mi hijo, aunque me esté mal decirlo, es de provecho, según dice el albeitar: sabe *escribir sin falsa*, lee de corrido en *carta*, y está aprendiendo cuentas.

—¡Bueno, bueno, escelente!... exclamé yo; y luego manifestando deseos de descansar, me condujeron á una alcoba donde me habían preparado una buena cama. No bien amaneció y me levanté, me sirvieron el chocolate con varios esquisitos bizcochos, como es costumbre en todo aquel país; y viendo el *ranchero* que yo pedía mi caballo para ponerme en camino, me suplicó que permaneciera por ocho días en su casa, pues debía efectuarse al tercero el casamiento de su hija, y quería que yo asistiese á él. Además, añadió, hoy es domingo, y tenemos aquí nuestras diversiones propias que creo no le desagradará conocerlas. Verá su *mercé* colear, lazar, *barbear* un toro, montar en otro, y varias carreras de caballos.

(Se continuará.)

NICETO DE ZAMACOIS.

BAÑOS FLOTANTES EN VALENCIA.

Valencia ha tenido este año y tendrá en los sucesivos un nuevo establecimiento de baños que ha llamado grandemente la atención. Hablamos de los baños flotantes llamados de la Florida, cuyo plano horizontal tomado por el inteligente fotógrafo señor Rios, damos en este número.

Este establecimiento, dirigido por los señores Diestro, empresario del teatro principal de Valencia, Monleon, arquitecto, y Villarroya ingeniero industrial, así por el buen gusto de su construcción, como por la comodidad que ofrece y la elegancia de sus proporciones, ha sido y será en los veranos sucesivos el punto general de reunión de la sociedad valenciana y de los forasteros bañistas.

Un espacioso puente da paso desde la playa al vestíbulo del establecimiento, el cual se abre sobre un salón de descanso que se comunica con un magnífico salón de reuniones de 30 metros de longitud por 10 de anchura. Este salón da entrada á una galería de recreo con vistas al mar en que termina el edificio. A derecha é izquierda de los dos salones están los baños generales y particulares. De los primeros hay uno para hombres y otro para señoras: de los segundos veinte para cada sexo. El café y comedor están situados á la inmediación de la galería, en la cual unas escaleras facilitan el acceso al mar para los que desean bañarse al aire libre.

En las noches de bailes y conciertos todo el edificio se ilumina á la veneciana formando un conjunto bellísimo y sorprendente.

Felicitemos á los empresarios por la idea que han llevado á cabo y por lo perfecto de su ejecución.

ORIENTAL.

Ya el sol ha levantado
Tras las negras pirámides gigantes
Su disco ardiente de belleza ornado.
Ya el Éufrates tranquilo
Dibuja en sus cristales las palmeras
Que levantan sus frentes al espacio
Y bullen en mi espléndido palacio
En concierto de anoraves parleras.
Ven conmigo, sultana,
Ven conmigo á cantar el nacimiento
De la hermosa mañana
Que inunda con su luz el firmamento,
Ven y enriquece con tu voz el viento.
¿No escuchas? ¿No te alegras?
¿Ese rumor salvaje no te admira
De mis esclavas negras,
Que celosas de tí rugen de ira?
Ven á aspirar los lirios y azahares,
Deja tu lecho de mullidas plumas.
Perezosos cantares
Levantando para tí fuentes y espumas
De mármoles y flores
Yo tengo para tí grutas doradas
Que eres la reina tú de mis amores.
En el pérsico mar; en las suaves
Linfas que rompe el huracán sonoro
Se arrastran libres mis egipcias naves
Cargadas de marfil, sándalo y oro.

El aire del desierto
En sus velas ocúltese bravío
Y los lleve á otro puerto,
Si en tus brazos, bien mío,
El eden de tu amor no me has abierto.
Ven conmigo, sultana,
Ven conmigo á cantar el nacimiento
De la hermosa mañana,
Que inunda con su luz el firmamento;
Ven y enriquece con tu voz al viento.

A. F. GRILLO.

UN HOMBRE POR DENTRO.

POR DON FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

(CONTINUACION.)

»Presenté en el teatro mi comedia y fue admitida *magnánimamente* por su director, si se tiene en cuenta el carecer yo de nombre, según me dijo, y el carecer ella, según he averiguado, de un papel que fuera del agrado de aquel. Sobresalía la dama, y esto le disgustó hasta el punto de indicarme defectos y proponerme reformas para que él luciera más, á trueque de que desmereciera la obra; alteraciones que yo no admití, y que han influido en la suerte de mi escrito. No te extrañe el relato de estas miserias que nada significan al lado de otras que vas á conocer, ni pienses que todos los actores sacrifican á un autor en aras de su vanidad. Esos desahogos propios de la ruindad de inteligencia han llegado á su colmo. Ayer me ha sido devuelta y rechazada mi comedia para que descansase en su triste peregrinación, y la causa decisiva de este hecho, después de las nobles que ya te he indicado, vas á saberlo con el mismo asombro que la he trascendido yo, halagándome la idea de publicarla para edificación de cuantos intentan salvar la cumbre del Parnaso dramático. El joven actor empresario, desconfiando de su juicio ha sometido mi comedia al dictamen de un escribiente de la contaduría del teatro, para que fundado en sus experiencias de bastidores adentro, fallara sobre los grados de la inspiración, del sentimiento, de la filosofía y del arte del poeta, y mi desdichada producción, ha sido rechazada despreciablemente como indigna de representarse, condenada á la reclusión del olvido, y lo que es peor, espuesta á la vergüenza del desaire... Juzga, pues, Elena mía, el estado de nuestra escena con tales antecedentes. Disculpa mi inmodestia de creerme rebajado con censores de tan baja estofa, y compadece mi credulidad y soporta resignada la lucha que sostengo.

»¡Cuánto pudiera añadir al relato de estas iniquidades á que no desciendo la opinión ni los encargados de dirigirla. Pero te estoy atormentando porque no cuento el suficiente valor para engañarte. Sabe, y esto te consolará algún tanto, que mis desengaños son abundantes, pero no infructuosos, que el veneno infiltrado en mi corazón ha servido para fortificar mi experiencia, y que mi arrepentimiento va adquiriendo la fuerza necesaria para decidirme á trocar este mundo de la mentira donde aliento, por la realidad de esa pobreza amarga, pero honrosa, intranquila, pero limpia, ignorada, pero sublime, la cual ha engendrado héroes mártires y justos.

»Elena, yo no puedo familiarizarme con la idea de que mi obra es perfectamente nula y desaprovechable. Dirás que me subyuga el amor propio; pues bien, que duerma en paz en el fondo de un cajón, y con ella el poema de halagos y esperanzas que mi mente se había fraguado. Acepto tu consejo. Mañana mismo me procuraré una audiencia del ministro. El me conoce tanto como á mi hoja de servicios. Quince años de carrera, empleados para llegar á merecer 8,000 reales de sueldo en provincia, parece que no deben de ser desatendidos. Soy un visionario, un ambicioso, que viendo en lontananza un ascenso, claro como la luz del día, me había entregado á los delirios de los primeros años. Esposa mía, confía y espera. ¡El porvenir de la juventud laboriosa se cifra en los ministros, que como el de que se trata, han aspirado al poder años y años con una constancia de roca, porque ellos comprenden toda la zozobra y el sacrificio que cuesta un horizonte que se toca y se pierde, vuelve á tocarse y desaparece, hasta que despunta la suspirada aurora en que descansamos bajo su cielo límpido y sereno! ¡Qué felices vamos á ser! mas yo, Elena, sacrificaría parte de mi felicidad, por estrechar hoy á mi hijo, una vez tan solo, contra mi corazón. Cuenta las veces que diariamente se sonríe para alabar á Dios otras tantas. Elena, vuelvo á pedirte que me perdones, así como á ese desdichado actor que arrebató mi sosiego. Ha muerto mi comedia, pero vive tu amor, y él me inspirará otra tan elevada y grande como el amor con que te pago! Adios, hasta mañana.»

Julio acabó de conversar con la maga de su ventura, cuando el crepúsculo vespertino había confundido sus gasas con las de la noche.

V.

Al otro día formuló por escrito su deseo de hablar con el ministro, y á los quince, alcanzó esta gracia, después de haber consumido muchas horas de atalaya en la antesala de S. E., porque como los altos dignatarios del Estado no pierden el tiempo, se regocijan con la idea de que le pierdan los demás.

A Julio le era bastante conocido el personaje á quien con cierta repugnancia iba á pedir, porque le constaba su escasa afición á dar. Sirvió á sus órdenes de meritorio, cuando aquel desempeñaba una dirección, y esta circunstancia le alentó en su empresa, de cuyo feliz éxito respondían por otra parte su laboriosidad y sus servicios.

Algo debía haber de semejante para nuestro vate, entre un cómico y un hombre público, porque al decidirse á solicitar la protección del ministro, pensó involuntariamente en la inconsecuencia y falsedad del director de escena de infeliz memoria. A pesar de estas reflexiones ¡luchemos! se dijo, y llegado el momento supremo, la mampara innoble en la que tantas veces se había estrellado su vista, cedió al impulso de la constancia, y Julio se encontró frente á frente con el árbitro de su destino, severo é impassible como el fantasma del remordimiento.

¡Para qué describir aquel hombre en quien una naturaleza artística triunfaba del espíritu, y en el cual se dibujaba el cálculo, oscureciendo con sus tintas sombrías la callada bóveda del cuerpo, donde debían retumbar los movimientos del alma! Julio ardía calenturiento al atravesar el dintel del laboratorio de aquel nigromante político y al contacto de su mano, se heló su sangre, se contrajo su piel, y hasta se congelaron sus delicados pensamientos.

El ministro le dedicó una indolente sonrisa, creyendo descubrir en ella, el inesperto joven, un mundo de esperanzas cumplidas y de desventuras indemnizadas.

Bravo espuso, un tanto cortado, el inmenso capítulo de injusticias oficiales de que había sido víctima y el ministro le ofreció, al terminar su sentido relato, la segunda edición de su sonrisa, coreada por varias afirmativas de cabeza y algunas frases de forzado consuelo; y en tanto que el joven observaba, deducía y sentía paralizada la sangre en sus venas, porque la gran arteria no recibía la suficiente del ventrículo, á causa de los rápidos latidos de su corazón, el hombre de Estado, exclamó, bañando sus palabras de una áspera delicadeza.

—¿Y cómo no ha sido usted propuesto, para la vacante de nueve mil, ocurrida hace poco, y cuya plaza ya está cubierta?

Julio poco acostumbrado á disfrazar la verdad contestó, con una candidez digna de la epopeya.

—Yo ignoraba ese hecho, y por eso no he solicitado nada: ocupado en mis tareas literarias, he desatendido un deber que acaso me hubiera sido más útil.

—¿Es usted periodista? le interrogó el ministro frunciendo el ceño.

—No señor. Me dedico al estudio de la poesía, respondió el joven, casi ruborizado.

—¡Poetas! ¡poetas! murmuró sordamente el escelentísimo, mostrando la misma dulzura con que ruge una pantera en la jaula. ¡La poesía es un oficio mandado recoger! El administrador escluye al poeta. Temo que usted no adelante mucho en su carrera, si se entrega á esos pasatiempos pueriles.

Bravo hubiera sacrificado gustoso diez años de vida, por no haber descubierto á los ojos de aquel juez severo, una debilidad tan noble, y que sin embargo había escitado el sistema nervioso de su escelencia. Quiso formular algunas excusas, pero su implacable interlocutor añadió.

—Veremos. Estaré á la mira de lo que ocurra. Una combinación no se presenta todos los días.

Bravo se atrevió á instar respetuosamente.

—Señor ministro, soy padre de familia y me urge saber el resultado de estas gestiones...

—¡Familia! ¡Familia! balbuceó nuevamente aquel hombre insensible con el mismo desagrado que le hubiera producido el que le aclaran en cara un defecto. —No tiene usted necesidad de molestarse; que los actos de justicia se resuelven por sí solos. Y dobló suavemente la erguida cabeza, anticipada calavera de brillo mate, donde se guardaba su único caudal, indicando á Julio que el diálogo estaba terminado.

El deshauciado poeta se inclinó abatido y salió sin proferir una sílaba más, porque no tenía palabras; solo le quedaban ideas y sensaciones.

Al volver á su casa, encontró en ella á Marin, ocupado mientras le esperaba, en hacer apuntes para su libro titulado: *Exámen filosófico del juicio humano, ó paralelo entre el ingenio, la ilustración y el criterio*, obra en la cual empleaba todo el capital de su inteligencia, sacrificando las horas de placer de su juventud.

Alejandro hacia algún tiempo que no veía á Bravo, y se conmovió al observar el estado de decadencia física en que le encontraba. Tanto y tanto había luchado aquel ser nacido al grito del dolor para conservar ilesa la pureza de sus sentimientos, y victorioso el espíritu, á trueque del sacrificio de la materia.



LA TIA SANTOS.



LA BANDERA ROJA IZADA.

LAMINAS DE LOS MISERABLES.

Marin ocultó prudentemente á su amigo la impresion que le habia producido su vista, y Bravo despues de lamentar la reclusion á que sus estudios condenaban al filósofo, refirióle detalladamente su entrevista con el ministro y su resultado, exclamando con un timbre de voz gastado por la súplica:

—Ya ves que no me resta nada que esperar. ¡Luchó con un destino implacable que se deleita en ajar las flores de mi corazon; mas la fortaleza de ánimo será bastante para arraigar en mi pecho la siempre-viva, que es la flor de la fe y de la redencion!

—En ese pujilato constante, dijo Alejandro, que mantienen la razon y los sentidos, es donde se prueban las almas. Ya sabes que hay algo en mí del anciano prematuro que juzga las cosas de la vida, bajo un punto de vista impropio de nuestros pocos años, así te aseguro, querido Julio, que yo no comprendo esas existencias halagadas por el dominio de la voluntad, para las cuales no hay vallas en lo humano ni en lo divino; que jamás advierten la presion de la conciencia, ni encuentran un deseo fallido, ni una esperanza muerta, ni un resucitado temor. Seres que entonan perennes himnos de triunfo; que gustan las lisonjas de la fortuna y nunca anhelan goces para el espíritu porque á poca costa satisfacen al cuerpo. ¡Entidades que nada emprenden, ni á nada aspiran, ni nada descubren en la lontananza de sus años y que ven cumplidas sus aspiraciones con la práctica de esa vida estéril, infecunda y rutinaria, tan inútil para sí como para el prógimo; que no deja una huella en el mundo, ni un rasgo en la historia de las virtudes, ni un signo siquiera en el libro de la humanidad! ¡Ah, gastar la existencia en esa inercia dolorosa, lo mismo que emplearla en el escándalo de vulgares conquistas y de triunfos efimeros y casuales, es menos elevado y glorioso que pelear á la sombra del infortunio! ¡Feliz, muy feliz y escogido aquel que triunfa de sí mismo y lucha y lucha sin tregua para triunfar de una adversidad, de un simple obstáculo, ó de una atrevida idea! ¡Para esa alma, Julio, está reservado un timbre egregio, una hermosa efeméride, ó una tumba tranquila y una guirnalda tejida en los cielos!

Bravo escuchaba atento, animado y respetuoso á Marin, el cual prosiguió de esta manera:

—Pensaste, crédulo, hacer brotar del lodo una azucena, al impetrar consuelo de un hombre que no ha sabido comprenderte. ¡Cuán equivocado estás! Esos

Cresos de la argucia y del poder, dedicados á desentrañar de la política los misterios de la propia conservacion y del egoismo, como Galileo los arrancó de la tierra y del aire, no viven mas que para sus propósitos, ni obedecen á otra voluntad que la que les dicta su insaciable afán de conservarse siempre á tal altura. El suave murmurio de las gotas de sudor que ruedan por una frente honrada é inteligente, no llega á sus oídos, ni las lamentaciones de los tristes tienen eco en sus espacios. ¡Desde su trípode, se empequeñecen las miserias humanas, abultándose los peligros de su caída, y en el periódico ven un espectro, en la tribuna una sentencia de muerte y en los hombres que no se arrastran en el fango de la adulacion para lamer sus plantas, una falange de enemigos!

—¿Con qué títulos pretendes, Julio amigo, limar las cadenas que te oprimen? ¿Acaso con los que te presta tu talento y tus estudios? ¿Por que has sabido distinguirte del vulgo, juzgas que el vulgo te distinga? ¡Ese error será tu condenacion mas firme en tanto que no salves las montañas de espuma de la fama! Si fueras una oscura medianía, á nadie inspirarías temores y tu triunfo era seguro; pero tienes fe en tí mismo, fundas el imperio de tus razones en el trabajo; alzas la sien erguida proclamando la independencia de los buenos. ¡Ah, tú padecerás persecuciones por la injusticia de los malos!

Conozco bien al ministro que te ha despedazado. Todo el mundo le conoce y este es su mayor castigo, tú no te crearás capaz de haber atizado su envidia; pues admírate y aprende; de tu relato infiero, casi seguro, que tu sinceridad le ha atormentado. Julio, no manches tus bien templadas armas en un combate odioso; lánzate con nuevo valor al campo donde te esperan tantas glorias. Tu comedia es válida en el hecho de haber sido anatematizada por un actor nulo. Preséntala en otro teatro y espera y espera á que para tí asome el gran día de la reparacion. ¡En tanto yo compartiré mi pan contigo, y Dios velará por tu mujer y tu hijo!

Bravo enjugó sus ojos. Cruzó su diestra espresivamente con la de Alejandro, y exclamó:—A tus acentos se renuevan en mí las armonías de la creacion y del arte, y del genio y la virtud. Mi vida es un Gólgota que tus labios y tu corazon convierten en paraíso.

Aquel día Marin y Bravo comieron juntos por extraordinario en la fonda de las Cuatro Naciones, mediante la cantidad de doce reales. Conservaba el pri-

mero lozano su apetito, pero el segundo estaba desgastado. La tarde la emplearon en compadecerse de los arbustos del Retiro que comenzaban á sentir los rigores del otoño, en la palidez de sus hojas.

(Se continuará.)

LOS MISERABLES

POR

VICTOR HUGO.

TOMO IV.

Se ha repartido el tomo 4.º de esta interesantísima y popular novela, y en esta semana quedará terminado el 5.º y último.

El favor con que el público ha acogido esta obra, no solo en España sino en todos los países donde se ha dado á luz, pues ha sido traducida á todos los idiomas, muestra bien á las claras su mérito y las prendas de escritor admirable é inspirado poeta que adornan á su autor.

Los editores no han perdonado medio para que la edicion que están terminando corresponda en lujo de papel, en belleza tipográfica, en correccion y en esmero al mérito del original. Los grabados, de que en este número insertamos muestra, están á toda la altura de los adelantos hechos en el arte.

Los señores suscritores que se hayan retrasado en el recibo de los tomos ó entregas, pueden reclamar, y los que deseen la obra completa pueden hacer desde luego sus pedidos, bien directamente á los editores, bien por medio de los corresponsales.

Sigue abierta la suscripcion á 10 cuartos la entrega en Madrid y 11 en provincias, franco de porte.

En los puntos de suscripcion se halla de muestra el tomo 1.º, que podrán recoger en el acto los que se suscriban.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Un hombre ruin hasta la muerte lo es.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPARD,
IMPRENTA DE GASPARD Y ROIG, EDITORES, MADRID, PRINCIPE, 4.